

COLOMBIA PAIS DE GRANDES RESERVAS MATERIALES Y HUMANAS



EXCELENTISIMO SEÑOR

ROBERT VALEUR

Embajador de Francia ante el Gobierno de Colombia.

Oficial de la Legión de Honor. Diplomado en Derecho; ha adelantado estudios en las universidades de Lyon, Chicago, Columbia y Harvard. Regentó la Cátedra de Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia (1930) en New York. Ha desempeñado los siguientes cargos: Vicepresidente fundador de la France Forver, 1940; Director del Servicio de Información de la Francia Libre en los EE. UU., en 1942; Cónsul General de Francia en Sao Paulo en 1946; Delegado Permanente de Francia en la UNESCO en 1952; Jefe de Servicios de Intercambios Culturales en el Ministerio de Relaciones Exteriores en el año de 1953; Primer Concejero en la Embajada de Francia en Washington en 1954; Ministro Plenipotenciario en 1957; Embajador de Francia en el Ecuador en 1960 y en Colombia en 1965. Ha escrito las siguientes obras: "La Enseñanza del Derecho en Francia y en los Estados Unidos de América", 1928; "La Responsabilidad Penal de las Personas Morales en el Derecho Comparado", 1930; y, "El Gobierno Francés y la Política", 1935.

Qué emoción es para mí, después de haber representado a Francia en las festividades que se desarrollaron en los Estados Unidos en 1957 para conmemorar el bicentésimo cumpleaños del nacimiento de Lafayette, el ser llamado a representarla de nuevo en circunstancias igualmente gloriosas para ella, esta vez en el acto de inauguración del busto del General Manuel Roergas de Serviez, y del monumento conmemorativo de los franceses que sirvieron a Colombia.

Quisiera primero expresar al Gobierno y al pueblo colombiano, y muy en particular a la Academia Colombiana de Historia y a la Junta de Festejos Patrios, la profunda gratitud del Go-

bierno y del pueblo francés por haber querido perpetuar la memoria de aquellos compatriotas con este monumento donde queda grabado en la piedra, como lo fue en sus corazones, la amistad franco-colombiana.

Esta amistad tiene una historia larga y conmovedora, y ni siquiera la menor sombra vino a deslustrar su resplandor durante cerca de dos siglos.

Bogotá que merecía ya ser llamada "la Atenas de América del Sur", fue una de las primeras ciudades de este continente en compenetrarse en la enseñanza de nuestros filósofos y de nuestros enciclopedistas. Cuando estalló la Revolución Francesa, la flor y nata del pueblo colombiano estaban ya impregnados del ideal de libertad. El mismo Bolívar, el Libertador, cursara en nuestra célebre Escuela Politécnica, no solo las artes militares, sino también la Declaración de los Derechos del Hombre y del ciudadano. Con su Teniente, el Mariscal Sucre, descendiente de una familia del norte de Francia, gracias a campañas recias y gloriosas, iba a libertar los países de la Gran Colombia, mientras que el General Miranda enarbolaba la antorcha de la libertad cruzando los campos de batalla de Europa.

Es para Francia un honor, que no tan sólo haya traído a Colombia las simientes de su independencia, sino que también ciudadanos franceses hayan venido a verter su sangre para ella.

Es de colocar entre ellos, en primera fila al General Serviez, veterano de las gloriosas campañas de la Revolución y del Imperio, quien desembarcó en Cartagena el 3 de abril de 1813 y se incorporó inmediatamente al servicio de Colombia con el grado de Coronel y después con el de Comandante General de la Caballería. Al mando de los dragones de Caracas, de los lanceros, de los cazadores, par-

ticipó, en particular, en la toma de Bogotá el 11 de diciembre de 1814.

No enumeraré a los demás franceses quienes participaron en su guerra de Independencia y cuyos nombres están grabados en este monumento, así como el del General Miranda lo está en nuestro Arco del Triunfo.

Permítanme sólo mencionar a Luis Girardot, quien, con sus tres hijos: Atanasio, Pedro y Miguel, hicieron el sacrificio de sus vidas para la libertad colombiana. La ciudad que lleva su nombre es otro monumento a la amistad franco-colombiana.

Qué ufanos se pondrían, aquellos héroes franceses, si pudieran volver entre nosotros y ver, hoy en día, al grande y maravilloso país que se ha vuelto Colombia, al que han ofrecido su corazón y por el que han vertido su sangre.

Qué progresos más prodigiosos quedan cumplidos desde cuando conquistó su independencia ¡Qué admiración la que compruebo cada día para sus tierras fértiles, para su clima delicioso, para sus riquezas minerales de toda clase, para su rápida industrialización, para la constante elevación de los niveles de vida, y para su caudalosa reserva de hombres!

Pero hay un elemento que no cambió y es el amor del pueblo colombiano para la libertad, su respeto para la dignidad del hombre.

Los franceses de hoy, herederos de su grande Revolución, comparten este sentimiento con la misma pasión que ustedes, colombianos, y es la razón por la que la amistad entre nuestros dos países ha permanecido tan profunda después de dos siglos y, delante de este monumento que la conmemora, me permito, al concluir, expresar la convicción de que nada vendrá jamás a menguarla.

Viva Colombia, Viva Francia,
Viva la Libertad.